

## el movimiento obrero mundial, la realidad chilena y la fundación del partido socialista

A consecuencia de la conflagración mundial de 1914-18, se produjeron grandes trastornos económicos, sociales y políticos en casi todos los países capitalistas. La guerra puso al desnudo las incurables contradicciones de la sociedad capitalista; y la guerra misma era inherente al sistema, uno de los métodos de la concurrencia imperialista aplicado a la esfera de la economía mundial. El caos desatado al término de la contienda bélica removió hasta las bases más profundas del sistema social imperante. Los trabajadores comprendieron que las medidas pasajeras de mejoramiento económico no resolvían sus eternos problemas, creados y agudizados sin cesar por el rodaje del capitalismo. Cada reforma se desvanecía con una nueva realidad suministrando siempre mayores ventajas al empresario. Todas las reformas giraban dentro de un mismo círculo vicioso impidiendo encontrar el verdadero camino para la liberación de las clases oprimidas. Contra esa política reformista, conciliatoria y estéril se levantó la conciencia de una sociedad socialista, estructurada sobre la base del bienestar colectivo, sin minorías privilegiadas.

La democracia, en la forma practicada hasta entonces en los diversos países, no había pasado de ser sino la expresión política del liberalismo económico, esto es, del sistema capitalista en un ciclo de su desarrollo. Realizada en tal sentido no podría conducir jamás a la emancipación de los trabajadores. Las clases antagónicas subsistían, se mantenía la explotación, los privilegios de los sectores oligárquicos no sufrían menoscabo, y al pueblo no se le favorecía en nada.

Sin embargo, la democracia, a pesar de sus imperfecciones y de sus limitaciones en beneficio de la clase dominante, había otorgado algunos avances a las masas trabajadoras, permitiéndoles conquistar nuevos derechos políticos, algunas ventajas económicas y, sobre todo, desenvolver sus organizaciones de lucha, como vehículos para dar nuevos saltos hacia el futuro. En sus largas luchas aprendieron a enfocar sus problemas con un nuevo criterio, a efectuar la búsqueda de soluciones duraderas a sus necesidades, mientras en sus mentes se afirmaba esta indestructible convicción: bajo el régimen capitalista, la democracia había constituido sólo una etapa en la marcha hacia su liberación. Y nada más. Únicamente un régimen socialista podía poner término a todas las desi-



gualdades y realizar la emancipación integral de las masas trabajadoras. La lucha por el socialismo se alzó como bandera de triunfo y de liberación definitiva. La lucha secular contenida en el seno de la sociedad capitalista se resolvía en una contienda de régimen: **socialismo contra capitalismo**. Esta profunda oposición fructificó con el triunfo del proletariado ruso al instaurar la sociedad socialista en la sexta parte del mundo, y en el estallido de victoriosos movimientos populares en diversos países europeos. Si no alcanzaron a consolidar sus propios gobiernos de clase se debió a la acción armada del imperialismo coaligado y a numerosos errores cometidos por los partidos del proletariado.

## **LA DICTADURA FASCISTA**

Mientras la clase dominante, la oligarquía financiera, pudo apoyar su predominio en la colaboración de sectores populares y logró mantener la actitud de complaciente aliado de las clases medias, el capitalismo toleró la democracia. Apenas dejó de servirle como sostén de sus privilegios y, por el contrario, se convirtió en amenaza a causa de la presión creciente de las masas reclamando justicia y bienestar, la minoría plutocrática, la burguesía, pasó a combatir el sistema de gobierno propulsado por ella misma en sus luchas contra la nobleza y el feudalismo. Y triunfó precisamente enarbolando la bandera del sistema democrático. Ahora, ante el avance de las masas populares para implantar su propio gobierno utilizando los caminos de la democracia, la oligarquía dominante, la burguesía, condenó la democracia y auspició abiertamente el fascismo. Como escribiera el ensayista español José Ballejos: "Ni siquiera puede ser ya la burguesía el campeón de las libertades democráticas. Su dominación de clase es hoy incompatible con el régimen democrático. El capitalismo en el período de decadencia, para prolongar su agonía, necesita destruir los derechos y libertades que presidieron su aparición en la historia. Las formas democráticas de dominación corresponden a un período de ascenso, de crecimiento, de progreso del capitalismo; en la etapa de descenso, en la fase de bancarrota, son sustituidas por métodos dictatoriales, violentos, brutales. La democracia negada por la clase social que le dio nacimiento, es la propia negación de esta clase. El mundo capitalista actual confirma esta afirmación. Allí donde subsisten más o menos ampliamente las libertades burguesas, es a causa de la voluntad revolucionaria de los trabajadores. Las libertades democráticas, que antiguamente debían ser conquistadas contra las clases feudales, hoy han de ser mantenidas por el proletariado contra la propia burguesía".

Aunque el fascismo se presentó como una concepción del mundo antiliberal y revolucionaria, no pasó de ser un amontonamiento de desechos ideológicos tomados y adulterados del individualismo y del socialismo, exhibiendo una acumulación de temas demagógicos, sin un nexo racional. Y su régimen fue esencialmente capitalista, donde se intensificó la explotación del proletariado y su-



primió toda libertad individual. Cada individuo y la sociedad en su conjunto fueron manejados por el Estado, quien dominó la economía y extendió su albedrío a la esfera intelectual, a la vida privada y a los credos personales. Suponía un totalitarismo anti-humano. Uno de sus siniestros personajes expresó: "lo que distingue el fascismo, en su origen, es algo absolutamente espontáneo, absolutamente ilógico, que no se deriva en forma alguna de tal o cual teoría y que no se desarrolló en forma sistemática sino que simplemente determinado por la acción".

El capital imperialista recurrió al fascismo para obtener la concentración de todo el poder político en manos de las oligarquías financieras, eliminar la democracia, y aplastar a los trabajadores. El fascismo surgió como la dictadura del capitalismo en su fase imperialista; organizó partidos totalitarios y milicias armadas, con los cuales conquistó el poder y estableció un sistema de feroces tiranías.

El fascismo desencadenó atroces persecuciones contra la clase obrera, contra los partidos marxistas y las organizaciones populares, pretendiendo estrangular las luchas sociales para someter a la colectividad entera a sus planes de dominación interior y de expansión anexionista. Destruyó la democracia y las libertades públicas; aniquiló los derechos alcanzados por la evolución y el progreso de los pueblos, porque la democracia, según Hitler, "rechaza el principio aristocrático en la naturaleza, y en el lugar del eterno privilegio de la fuerza y de la energía, coloca su montón y su peso muerto de números"... Y, a continuación, aplastó y sometió a las clases medias a pesar de haber constituido la columna decisiva de su triunfo.

El fascismo constituyó un retroceso por las rutas trágicas de la esclavitud económica y política; negó períodos superados por la evolución de la Humanidad; condenó la cultura y la ciencia, por constituir "marxismo disimulado", y colocó en campos de concentración a grandes artistas, pensadores y sabios; militarizó el pensamiento y persiguió todo cuanto no sirviera los fines del gran capitalismo. El grito del foragido tuerto y manco, Millán Astray, en Salamanca, "muera la inteligencia, viva la muerte" resumió el contenido característico del fascismo.

Después de dominar por medio del terror a las masas obreras, convertidas en simples instrumentos de la producción industrial, oprimió a los sectores de la pequeña burguesía en beneficio de los consorcios, de la plutocracia en general. El fascismo no fue sino la dictadura del gran capital: en una mano concentró todo el poder económico, y en la otra, todo el poder político, para ahogar el liberalismo económico y suprimir las garantías democráticas, pretendiendo conjurar sus contradicciones internas y sus crisis periódicas. Solución momentánea basada en la regimentación implacable de las masas trabajadoras y en la carrera desenfrenada hacia la captura de países débiles y en la preparación trágica hacia una nueva y espantosa guerra, (y en la cual desembocó ensangrentando



al mundo durante seis años, entre 1939-1945, con más de cincuenta millones de muertos).

## LA DESCOMPOSICION SOCIAL-DEMOCRATA Y EL EXTREMISMO COMUNISTA

La primera guerra mundial junto con alte-

rar la paz política del mundo introdujo hondos quebrantos en la unidad de los trabajadores. La escisión de la social-democracia en dos fuerzas antagónicas fue seguida de una violenta contienda entre los partidos obreros. Comunistas y social-demócratas olvidaron su objetivo fundamental, combatir al capitalismo, para entregarse a una beligerancia suicida en nombre de principios y de tácticas. Tan intensa lucha encaminada a mantener o a conquistar la hegemonía de las masas, lejos de servir los intereses del pueblo, como pretendían sus dirigentes, las desorientó y agotó. Mientras se batían como mortales adversarios las invadió el derrotismo destruyendo su unidad de clase en aras de la captura universal del poder. La división provocada por tan insensata pugna malogró su triunfo inicial en diversos países, causando su caída y aplastamiento. La clase capitalista recobró su poder y estableció dictaduras reaccionarias; se produjo el reagrupamiento de las oligarquías y sus fuerzas dependientes y permitió, en gran parte, el advenimiento del fascismo.

Además, los partidos proletarios atacaron a las clases medias; subestimaron su concurso negándoles un papel determinante en la contienda contra la burguesía hasta desencadenar una tenaz campaña de estériles violencias en su contra. Ante esa torpe ofensiva los sectores de clases medias se sintieron sobrecogidos por un terror semejante al de los círculos plutocráticos, plegándose a las huestes capitalistas y facilitando el triunfo del fascismo.

No menos errónea fue la política de señalar normas universales para todos los países, como orientación de los movimientos obreros. Se partió de un criterio utópico, reñido con la dialéctica marxista, al pretender amoldar la realidad compleja y cambiante en los límites estrechos de tácticas preconcebidas, en vez de encararse previamente con las modalidades económicas, sociales y políticas de cada pueblo, investigando y descubriendo su auténtica realidad. En nombre de los principios marxistas se llegó a la negación mecánica de la dialéctica marxista, pasando por sobre las recomendaciones expresas de sus grandes exegetas. Riazanov escribió: "En los países donde el marxismo quiera desarrollarse no puede limitarse a ser el producto del "pensamiento extranjero". Si quiere triunfar ha de procurar explicar dentro de ese país la realidad histórica concreta, sobre los principios del marxismo; ha de procurar demostrar que el método dialéctico, el materialismo dialéctico, es un método universal en el sentido de que la realidad concreta de que se trata, cualesquiera que sean sus características específicas, tiene su explicación en sí misma, en la pugna de sus contradicciones internas, y que todas esas "características espe-



cificas" "brotan de una raíz, de la lucha de clases, del desarrollo de la pugna de los antagonismos en la realidad concreta —históricas, económica, geográfica— del país que se estudia". Tan justas observaciones no se respetaron y se cometieron fatales desajustes, y en ellos cabía responsabilizar tanto a la Segunda Internacional social-demócrata como a la Tercera Internacional comunista.

La Segunda Internacional cayó en el reformismo y la colaboración de clases. Su rápido desarrollo y la ausencia de una línea claramente revolucionaria torcieron la finalidad señalada por sus fundadores. Embriagada por triunfos electorales, participó del poder en gobiernos de "concentración nacional", en compañía de enemigos de la clase obrera, afianzando, de ese modo, la existencia del régimen burgués, y en circunstancias decisivas para la suerte del capitalismo, se demostró inepta para dirigir los movimientos proletarios, máxime cuando ya había sido incapaz de oponerse al estallido de la guerra.

Al término de la conflagración, la social-democracia asumió el poder en Alemania y otros países, pero su gestión gubernativa se reveló incapaz de interpretar las aspiraciones y las necesidades populares y, por tanto, de satisfacerlas. Su política conciliadora y vacilante frente a la burguesía, en proceso de reagrupamiento de sus fuerzas, contribuyó a sostener el sistema capitalista en el momento más difícil de su historia, cuando nutridos contingentes de trabajadores en armas se rebelaron en contra del régimen mismo, reprimiendo cruentamente su acción revolucionaria y salvando al capitalismo.

La Tercera Internacional comunista nacida a consecuencia de la victoria bolchevique y opuesta irreductiblemente a la Segunda, se despeñó por la pendiente del extremismo sectario e infantilista, no obstante constituir la más peligrosa de las desviaciones de la política marxista según Lenin, el artesano del régimen comunista soviético y de la Komintern.

Las heroicas jornadas del proletariado ruso en 1917-18, lo cegaron en su acción posterior por la sobrestimación de sus fuerzas y su creencia en la posibilidad de un triunfo fácil en todo el mundo. Señaló normas y prácticas universales para la conquista del poder por las masas obreras; pero al estar desvinculadas de la realidad económica y política de los pueblos caían de bruces contra la situación local, con resultados contraproducentes. Esa lucha, llevada en forma artificial y estéril, sin abocarse al previo conocimiento del clima social y las posibilidades de acción, precipitó sangrientas represiones de las clases dominantes, postergando una ofensiva compacta y recia de las masas laboriosas y, en definitiva, produjo un fortalecimiento de la reacción capitalista.

Aquella política universal no contemplaba factores decisivos, como son la estructura económica y las condiciones sociales de los pueblos, (escaso desarrollo del proletariado industrial, enorme campesinado sin conciencia de clase, sectores medios dispersos y arri-



bistas), y provocó dolorosas derrotas en aquellos núcleos extremistas que desencadenaron choques violentos creyendo vivir en la misma realidad rusa de 1917.

La política extremista y sectaria de la Tercera Internacional contrastaba visiblemente con la práctica flexible y realista del gobierno soviético en su país. El "comunismo de guerra", en vista de su fracaso hasta provocar la trágica rebelión de Cronstadt, fue reemplazado por la Nep (Nueva Política Económica), sobre la base de una serie de concesiones a los principios no socialistas. Pero en la acción internacional persistió el "comunismo de guerra", como una válvula de escape para los elementos ultrarrevolucionarios de la URSS. y con los consiguientes daños, ya anotados, para el movimiento socialista internacional de los trabajadores.

La desunión de los sectores obreros, y su tenaz pelea interna, y los continuos fracasos desacreditaron la política de la Tercera Internacional comunista. Apareció ante las masas tan ineficaz como la Segunda Internacional social-demócrata. La posibilidad de una revolución proletaria resultaba remota para la clase obrera y terrorífica para los sectores de la pequeña burguesía, con una intensidad parecida al espanto sentido por las minorías plutócratas, debido a la sistemática y violenta división de las masas trabajadoras y al ataque continuo y sectario a las clases medias.

El panorama obrero se agravó por la escisión producida en el seno de la Internacional Comunista a causa de la pugna interna, en la URSS, por la sucesión de Lenin. Los partidarios de Stalin y los adeptos de Trotsky se combatían con inusitada acritud; pusieron tanta intensidad en su lucha personalista como la gastada en su acción contra el capitalismo. Todas sus reyertas, propias de la política interna de Rusia, se trasladaron al movimiento obrero mundial, destruyendo su organización y debilitando más su actividad y su eficacia práctica.

En ese clima social y político surgió el fascismo. Pronto, por medio de una hábil propaganda demagógica, incluso utilizando aspiraciones, fórmulas y reivindicaciones del arsenal socialista, captó a las clases medias vacilantes, combatidas por los organismos proletarios, y a elementos obreros decepcionados de sus partidos de clase por su incapacidad para conducirlos al triunfo, anarquizados por sus reyertas intestinas. Y esos elementos sociales le suministraron la base de masas, mientras el alto capitalismo le subvencionó la organización y la propaganda. Con tales apoyos, el fascismo logró imponer su siniestra tiranía en Italia y Alemania, y en otros países menores.

La rama más virulenta y temible del fascismo, el movimiento nacional-socialista de Hitler, por una macabra actitud de la Tercera Internacional, encontró en el Partido Comunista alemán un inesperado aliado en su lucha contra el régimen democrático-burgués de su país. Su consigna "por sobre el cadáver de la socialdemocracia derrotaremos al nazismo" al provocar la más honda división en las clases trabajadoras, se tradujo en la arrolladora



victoria de las huestes hitleristas y su ascensión al poder. Apenas instalados en él se volvieron en contra de sus ocasionales e interesados aliados exterminándolos en forma inmisericorde. El Tercer Reich, de Adolfo Hitler, se alzó como una temible potencia enderezada a abatir a la URSS. El triunfo del nazismo sepultó la política extremista e infantilista del comunismo y, al mismo tiempo, su temor ante la amenaza directa del fascismo obligó a la Tercera Internacional a elaborar una nueva estrategia, con sus correspondientes tácticas, para enfrentar la dramática situación creada, en gran parte, por su errada posición beligerante y divisionista de la década del veinte. Será el "gran viraje" concretado en el Frente Popular.

### **LA SITUACION DE CHILE, DESPUES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL**

Al término de la primera guerra mundial, en Chile estalló una pro-

funda crisis debido a la paralización de las faenas salitreras. Miles de obreros quedaron desocupados y disminuyeron verticalmente los recursos fiscales. Un terrible letargo económico envolvió a la nación entera. El atraso, la carencia de recursos diversificados y la sujeción completa de la existencia patria a un solo producto minero de exportación se presentaron con nitidez vergonzosa a la vista y a la sensibilidad de toda la ciudadanía. En el momento mismo de la aguda crisis se hizo trastornante la influencia psicológica de la victoriosa revolución popular rusa, desatando una fervorosa ola de entusiasmo en importantes sectores obreros e intelectuales. Se originó un amplio movimiento de masas exigiendo trabajo, justicia social, reformas económicas y políticas. Se sucedieron constantes reuniones, gigantescas concentraciones, huelgas en las fábricas y en las faenas mineras en actividad, (carbón), peticiones... Dos grandes centrales obreras canalizaron la acción popular: la I. W. W., (Trabajadores industriales del mundo), de orientación anarquista, y la FOCH, (Federación Obrera de Chile), afiliada a la Internacional Comunista, y éstas propiciaron un frente amplio de lucha contra la oligarquía y el capital, dando vida a la famosa Asamblea Obrera de Alimentación. Asimismo libró una memorable contienda libertaria, junto al proletariado, la Federación de Estudiantes de Chile.

Con motivo de la campaña presidencial de 1920, el movimiento popular, amenazador y poderoso, cayó en la red demagógica del verboso candidato de la Alianza Liberal, don Arturo Alessandri Palma, político audaz y experimentado, quien agitó un programa de reformas sociales y de renovación nacional. El apoyo entusiasta de las masas trabajadoras le dio una clamorosa victoria a mediados de 1920. La soberbia y la ceguera política de la oligarquía senatorial y plutocrática ayudaron al candidato populista, pues desencadenó una ofensiva tremenda y recurrió a toda suerte de expedientes represivos, de terror colectivo, de calumnias abiertas o solapadas para invalidar al abanderado democrático y atemori-



zar a sus partidarios. Utilizando las noticias tergiversadas de la revolución rusa acusaban a Alessandri de ser un instrumento del "maximalismo" y del bolcheviquismo (!). "El Diario Ilustrado", vocero de la iglesia y del latifundio, de la reacción más atrasada, escribió el 16 de mayo de 1920: "...Al fin el país ha comprendido el peligro de la situación en que se encuentra y ha llegado a elegir un candidato a la Presidencia de la República que lleva consigo la misión de destruir el marxismo, y ese candidato, don Luis Barros Borgoño, al aceptar esa candidatura, ha aceptado esa misión. De la situación creada para la elección del Presidente de la República, en que aparece por una parte el candidato proclamado por la Alianza, don Arturo Alessandri, a la cabeza de todos los elementos marxistas que existen en el país, y de unos pocos señores que, sin ser bolcheviques, cayeron en la trampa de la Alianza; y por la otra parte el candidato elegido por la Unión Nacional, don Luis Barros Borgoño, a la cabeza de todos los elementos de orden que sostienen nuestro régimen social y constitucional, la batalla del 25 de junio (fecha de la elección) decidirá la suerte del país, decidirá si el Lenin chileno podrá entrar a la Moneda con toda su corte de bolcheviques, para establecer el régimen marxista y hacer tabla rasa de nuestra constitución, de nuestras familias y de nuestros bienes"... Y agregaba: "El señor Alessandri ha prometido la solución de los problemas sociales por el camino de la violencia ya ensayado en Rusia y en Hungría".

Después de tan multitudinaria y esperanzada campaña, hasta alcanzar una victoria insólita, el gobierno de Alessandri resultó un rotundo fracaso. En el fondo, la oligarquía y el capitalismo imperaron sin freno; las masas trabajadoras fueron burladas en sus justas demandas y cuando se volvieron amenazadoras, estimuladas por las irritantes injusticias y por la clara conciencia de haber sido engañadas, el gobierno de "la querida chusma" las ametralló en San Gregorio y La Coruña. La incapacidad del gobierno de Alessandri, la obstrucción pertinaz del senado oligárquico, el avance creciente de las clases trabajadoras, y el caos general en la vida de la nación, desembocaron en la intervención de las fuerzas armadas en la política. El 5 de septiembre de 1924 estalló el primer golpe militar; derrocó y desterró a Arturo Alessandri y una Junta Militar asumió el poder. Ante la insistente influencia de los sectores oligárquicos y capitalistas, un segundo golpe, el 23 de enero de 1925, instaló una nueva junta cívico-militar, y llamó al presidente constitucional depuesto a terminar su período. En ese período se dictó la Constitución Política, de 1925, con diversos principios democráticos, aunque su vigencia se postergó por largos años.

En medio del predominio militar, los partidos políticos históricos, tanto los de "la Unión Nacional" como los de "la Alianza Liberal", exhibieron sólo incapacidad y fracaso, aun desde el propio plano capitalista y de sus intereses. Las masas populares los despreciaron y repudiaron; no creían en sus programas ni en sus hombres representativos; y sus actitudes de traición para con los anhe-



los del pueblo eran una enseñanza permanente. Desde el fracaso del año 20 las clases trabajadoras permanecieron retraídas de la actividad política y asistieron indiferentes a la acción de las fuerzas armadas en el gobierno. En 1926 salieron por un corto período de su aislamiento y de su apatía dando vida a un rápido y sorprendente movimiento de masas en torno a la Usrach (Unión social-republicana de asalariados de Chile). Ante su amenazadora potencia, el Ejército asumió abiertamente el control del Estado e instauró la dura tiranía del coronel Carlos Ibáñez del Campo. Su gobierno, (1927-1931), procedió a organizar un Chile nuevo aplicando el "termo cauterio arriba y abajo" con el objeto de extirpar sus elementos gangrenados del cuerpo social. Deportó algunos politiqueros profesionales de los diversos partidos históricos, persiguió a algunos oligarcas de mentalidad antediluviana y dejó caer todo el peso de su dictadura sobre el movimiento obrero. Sus organizaciones sindicales y políticas fueron destruidas; numerosos dirigentes encarcelados o asesinados; las garantías constitucionales y la prensa opositora fueron suprimidas. Su gobierno policial y represivo recibió un sustancial financiamiento de los grandes consorcios norteamericanos a cambio de facilitar su penetración en la economía nacional y de entregarle todas las riquezas mineras: salitre, cobre, hierro. Si bien Ibáñez llevó a cabo varios adelantos en la organización administrativa y en obras públicas, modernizando la superficie del país, todo eso se tradujo en la captación íntegra de la economía nacional por el imperialismo norteamericano.

La crisis capitalista de 1930 impidió a Wall Street seguir otorgando empréstitos a las dictaduras latinoamericanas. Esa situación sumada a una general insurgencia ciudadana determinaron el derribamiento del gobierno de Ibáñez, el 26 de julio de 1931. Se abrió un período liberal. Por una parte, las agrupaciones tradicionales de las clases dominantes reasumieron el control del poder político y colocaron en la Presidencia, a un distinguido jurista, don Juan Esteban Montero, pero completamente rodeado por los personeros, y al servicio, del latifundio, de la banca, de la Iglesia y de las empresas extranjeras, del capital imperialista. Por otro lado, las masas trabajadoras iniciaron la estructuración de sus cuadros arrasados y dispersos por la tiranía. Se organizó la C.G.T., (Confederación General de Trabajadores), a base de los cuadros de la antigua I.W.W. y de nuevos elementos obreros. Se reconstituyó la Foch, aunque orientada por una política cerradamente comunista. Su posición dogmática sumergió en reyertas intestinas a la clase trabajadora y en vez de vitalizar sus filas introdujo un divisionismo nocivo.

En esa época sólo existía un partido revolucionario, el Partido Comunista. Vivía cegado por el sectarismo de la Tercera Internacional y desligado de nuestra realidad a causa de sus erradas orientaciones internacionales colocado en un plano estrictamente teórico y verbalista, sin real influencia en las masas. Además se dividió en dos fracciones irreconciliables: una fiel a las directivas de Stalin; y la otra partidaria de Trotsky, trasladando al seno de la lucha



sindical y política obrera de Chile, un asunto propio de la situación política interna de la URSS.

Ante el panorama expuesto se forman, desde 1931, diversos grupos revolucionarios, orientados por tendencias socialistas. Guiados por el método marxista investigan la realidad nacional, sus problemas característicos, y, a la vez, llevan a cabo un fuerte ataque al atrasado e incapaz régimen capitalista imperante, con rezagos feudales, y sometido a la expoliación del imperialismo. Logran promover una fuerte agitación social y movilizar a las masas ante los desaciertos del gobierno de Montero. Las principales agrupaciones socialistas que se constituyeron en 1931-32 fueron: la "Nueva Acción Pública, (Nap); la "Acción revolucionaria socialista", (Ars); el "Partido Socialista Marxista"; el "Partido Socialista Unificado" y la "Orden Socialista". Su empuje revolucionario se encontró estimulado con la aparición del vibrante diario de oposición "Claridad", en noviembre de 1931, bajo la dirección de Eugenio Matte Hurtado, Manuel Eduardo Hübner y Luis Mesa Bell, (este valiente periodista pereció asesinado un año más tarde, a manos de la policía de investigaciones, por sus sensacionales campañas en contra de la corrupción). Los abusos de la oligarquía entronizada en el gobierno y la ineficacia de la administración de Montero para resolver los innumerables y agobiantes problemas de las masas asalariadas, más la acción tenaz de los nuevos grupos socialistas crearon un clima propicio para una jornada insurreccional. Una conspiración cívico-militar, dirigida por Eugenio Matte y el comodoro del aire, coronel Marmaduke Grove, culminó en la revolución socialista del 4 de junio de 1932, bajo el lema de "Pan, Techo y Abrigo para el Pueblo".

La revolución socialista del 4-16 de junio de 1932 fue, en aquella agitada etapa de la evolución nacional, el acontecimiento político de más honda trascendencia para el destino y porvenir de las masas trabajadoras, y de proyecciones incalculables en el desarrollo político democrático nacional. Encendió de nuevo su fe y por ello dio una perspectiva fecunda para su organización dentro de los principios del socialismo, permitiendo la movilización de todo el pueblo en contra del latifundio y el imperialismo, factores económico-sociales, causantes de su explotación, de su miseria y de su opresión. El reagrupamiento rápido de las fuerzas reaccionarias hasta controlar un sector de las fuerzas armadas; el apoyo abierto del imperialismo y la debilidad del equipo socialista, sin el respaldo de un partido férreamente estructurado, provocaron la caída de los revolucionarios del 4 de junio. De todos modos, los escasos doce días de gobierno popular valieron profundamente, más que por sus realizaciones, por sus enseñanzas y lecciones prácticas para la lucha independiente de las clases trabajadoras, y por su inmediata resonancia sentimental en el corazón de los oprimidos, hasta ese entonces siempre vencidos y engañados, creándoles un nuevo anhelo revolucionario y socialista encaminado a la conquista de su liberación.

Matte y Grove incorporaron a las masas al rodaje administra-



tivo del Estado; auscultaron sus necesidades vitales, burladas en los gobiernos anteriores, y las tradujeron en medidas concretas de inmediata realización. Al mismo tiempo enfrentaron algunas de las grandes reformas tendientes a remover los cimientos del régimen capitalista: nacionalización de las riquezas del subsuelo, división de la tierra, socialización del crédito, reforma educacional. Su consigna: alimentar, vestir y domiciliar al pueblo, resumía su programa y encauzaba las explosiones rebeldes de las masas laboriosas hacia la implantación del socialismo. El 4 de junio sacudió a las masas, las incorporó de lleno a las luchas sociales y políticas, impulsadas por un nuevo horizonte de lucha: la construcción de un régimen socialista, donde obtendrían únicamente su completa liberación.

La contrarrevolución del 16 de junio derribó al gobierno socialista, envió a la isla de Pascua a Grove y Matte, y encarceló a otros dirigentes. ¿Cuáles fueron las causas de su caída? Falta de homogeneidad en el equipo dirigente (junto a socialistas se instalaron algunos aventureros, ocultos enemigos del pueblo), carencia de una fuerza armada popular; debilidad para desmontar drásticamente la maquinaria administrativa del régimen derribado; escasa madurez doctrinaria en los reducidos cuadros revolucionarios; y ausencia de un partido disciplinado y experimentado, capaz de asumir el gobierno y hacerlo caminar.

El espanto causado por la efímera república socialista impulsó una mejor cohesión de la clase dominante, y las persecuciones desencadenadas por los grupos contrarrevolucionarios del 16 de junio descabezaron el núcleo socialista y el movimiento popular, en los cien días de su dictadura. Ambas realidades fructificaron en el éxito de la candidatura presidencial de Arturo Alessandri Palma, sostenida por sectores liberales de la burguesía, pequeña burguesía y algunos círculos obreros no politizados atraídos por su pasado populista y su demagogia reformista. La candidatura popular de Grove, (en la isla de Pascua), consiguió el segundo lugar, con una apreciable cantidad de sufragios. Una vez en el poder, Alessandri asumió una actitud francamente dictatorial, aunque encubierta en un manto de legalidad, dado por su sumisa mayoría parlamentaria, conquistada por el cohecho y el fraude.

Gobernó con los sectores más recalcitrantes de la derecha económica y política, con inclinaciones fascizantes, apuntalada en el aparato represivo del Estado y en cuerpos civiles armados, las llamadas Milicias Republicanas. Obtuvo de su mayoría parlamentaria espúrea continuas leyes de facultades extraordinarias, con las cuales sofocó las manifestaciones del pueblo, suprimió prácticamente las libertades democráticas; persiguió, encarceló y relegó a los dirigentes políticos y sindicales del pueblo; y desató represiones cruentas, (matanza de más de un centenar de campesinos en Ránquil, alto Bío-Bío; numerosos obreros muertos en el local de la Foch, en Santiago). En lo económico, agobió a las masas consumidoras con impuestos indirectos y arruinó a la pequeña industria y al comercio minorista; favoreció a los latifundistas, quienes



especularon con los productos de la tierra; entregó en forma definitiva todas nuestras riquezas mineras y algunos servicios de utilidad pública al imperialismo norteamericano, (por ley se creó la Corporación de Ventas del salitre y yodo, dándosele el 75% de las utilidades provenientes de su exportación al consorcio norteamericano contralor, y por la ley de reanudación del pago de la deuda externa se destinó el 25% sobrante, junto a un elevado porcentaje de las utilidades de la exportación del cobre, a su cancelación; el Fisco chileno no percibió ni un centavo de las utilidades de la industria salitrera; por el Pacto Ross-Calder se entregó a los consorcios norteamericanos la energía eléctrica y se le condonó el pago de una multa de 55 millones de pesos adeudados al Fisco chileno).

La revolución socialista del 4 de junio de 1932, las persecuciones posteriores, y la violenta reacción del gobierno de Alessandri, fortalecieron la conciencia de los grupos socialistas en el sentido de unificarse y crear un sólido partido. La desvergonzada reacción fascistizante de la segunda administración de Alessandri puso a la orden del día la necesidad de llegar a la rápida constitución de un poderoso partido revolucionario de la clase trabajadora chilena. Como respuesta a sus primeras facultades extraordinarias, ocultos y perseguidos muchos de sus dirigentes, se fusionaron la NAP, la ARS, el Partido Socialista Marxista y la Orden Socialista, dando nacimiento al PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE, el 17 de abril de 1933.

Este hecho, modesto en su iniciación, tuvo una trascendencia incalculable en el destino de la clase trabajadora chilena, porque desde sus comienzos se transformó en el instrumento genuino de la acción revolucionaria de las masas contra el régimen burgués y el imperialismo.

## **CIFRAS Y RASGOS DEL ESTADO ECONOMICO Y SOCIAL DE CHILE**

a) Dominio del latifundio en la agricultura y de los latifundistas en el gobierno.

Según estadísticas de la época la distribución de la tierra era la siguiente: 87.790 propiedades menores de 5 hectáreas, con un total de 139.445 hectáreas, (con 1 1/2 hectárea por persona, por término medio); 41.437 propiedades de 5 a 20 hectáreas, con un total de 469.339 hectáreas, (por término medio poco más de 11 hectáreas por persona); 21.341 propiedades de 20 a 50 hectáreas, con un total de 691.581 hectáreas, (un término medio de 32 hectáreas por persona); 6.000 propietarios con predios de 100 a 200 hectáreas; 5.323 propietarios con predios de 200 a 500 hectáreas; 3.560 propietarios con predios de 500 a 2.000 hectáreas, con un total de 2 1/2 millones de hectáreas. Frente a ellos 626 grandes latifundistas poseían predios de más de 5.000 hectáreas, con un total de 14 1/2 millones de hectáreas, con un término medio de 23.000 hectáreas, por cada terrateniente. Los 626 latifundistas superaban en superficie a los 180.000 propietarios, incluidos los propietarios de hasta 5.000 hectáreas.



El latifundio impide la organización de una verdadera economía agraria; detiene el aumento de la producción y de una mayor productividad; es la causa de la explotación del campesinado, de su miseria económica y de su opresión política y, a la vez, es la base del predominio económico, social y político de la oligarquía terrateniente.

b) Dominio de las grandes empresas imperialistas. Las cifras de las inversiones imperialistas en Chile en la década del treinta eran éstas: Deuda externa, 394.500.000 dólares; minería (principalmente cobre), 402.000.000; industrias manufactureras, 18.000.000; electricidad y tranvías, 56.000.000; bancos y seguros, 13.000.000; comercio, 37.000.000; y comunicaciones, 151.000.000 de dólares. Son inversiones más o menos aproximadas y fluctuaban entre 1.100.000.000 y 1.300.000.000 de dólares. La casi totalidad pertenecían a los consorcios monopolistas norteamericanos, y algunas pequeñas inversiones a capitalistas ingleses, alemanes y franceses. El imperialismo controlaba todas las materias primas principales: salitre, cobre, fierro, bórax, manganeso. La penetración imperialista se traduce en la explotación de los trabajadores mineros y en el empobrecimiento del país, exportando la renta de la producción nacional. El país trabaja y produce no para sí, sino en calidad de colonia del imperialismo, es decir produce para el extranjero en beneficio de los grandes países industrializados.

c) Dominio de los bancos y de los monopolios.

El crédito, esencial para el desarrollo de la producción, ha estado monopolizado por una reducida oligarquía nacional y el imperialismo. Numerosos bancos extranjeros sin haber traído capitales al país, o en pequeña cantidad, movilizaban los capitales de los depositantes nacionales, de la industria y del comercio chilenos, facilitándoselos a empresas extranjeras. Los bancos extranjeros han servido de avanzada a la penetración de los grandes consorcios imperialistas.

Los bancos nacionales sólo han mirado los intereses de la plutocracia dominante. El Banco Central de Chile y el Banco de Chile ejercían un control estricto sobre el crédito nacional. Han estimulado y levantado negocios perjudiciales para el Estado; han perseguido ganancias para sus accionistas y no el interés de la industria, agricultura y comercio; han llevado sus personeros al Congreso y al Ejecutivo. Y el mismo papel han desempeñado las instituciones fiscales y semifiscales de crédito, (Caja de Crédito Agrario, minero, industrial).

En esa época ya los monopolios prosperaban en el país, especulando a costa del pueblo. La Compañía Carbonífera y de Fundición Schwager y la Compañía Carbonífera e Industrial de Lota, poseían el monopolio del carbón; las Compañías de Gas de Santiago y Valparaíso, el del coke y gas de alumbrado; las Sociedades Explotadoras de Tierra del Fuego y Ganadera Gente Grande, el monopolio del ganado ovino, lana y carnes; las fábricas: de cemento "El Melón", la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, la Compañía de Cervecerías Unidas, la Compañía de Refinería de



Azúcar de Viña del Mar, la Compañía Chilena de Fósforos, la Compañía Chilena de Tabacos, los monopolios de los productos de su razón comercial. Y, además, se constituían monopolios en la producción de alcohol, velas, clavos, arroz, aceite de pepitas...

El dominio del latifundio, de los consorcios imperialistas, de los bancos y monopolios industriales provocaban una explotación despiadada de las masas trabajadoras nacionales. Junto a la existencia de bajos salarios (más de la mitad de los obreros del país ganaban salarios muy por debajo de la cifra vital; y en el campo, los salarios eran miserables), la carestía de la vida experimentaba un ritmo ascendente ininterrumpido, (entre 1928 y 1938 encareció en el doble). La población laboriosa, a través de diversos estudios socio-sanitarios, se encontraba desnutrida por el no consumo de alimentos protectores, como leche y sus derivados, carnes y huevos; carecía de vivienda sana y confortable, viviendo hacinado un alto porcentaje, en "conventillos" inmundos, en las ciudades, y en "ranchos" destartados, en los campos, (faltaban 500.000 casas); su vestuario muy deficiente, y gran parte de los obreros y campesinos vestían harapos.

A causa de la miseria, el país exhibía varios records vergonzosos: la más alta mortalidad infantil del mundo, (en 1934, de 262 por cada mil nacidos vivos; en 1935, de 251; en 1936, de 252); la más alta mortalidad por tuberculosis del mundo, (en 1934, de 25,3 por cada 10.000 habitantes; en 1935, de 25,1; en 1936 de 25,0; en 1936 murieron 11.811 tuberculosos; y en 1937, fallecieron 12.155); un bajo término medio de vida, de apenas 23 años, y un aprovechamiento de la elevada natalidad de sólo un 27%.

En cuanto a la educación, poseía un carácter marcadamente clasista, insuficiente, desvinculada de las reales necesidades del país. La población analfabeta alcanzaba al 28% y otro porcentaje idéntico de semi-analfabetos, por la deserción escolar. Anualmente quedaban sin concurrir a la escuela alrededor de 400.000 niños.

En resumen, el país yacía en un innegable estado de miseria, de atraso y de opresión.

### **EL PARTIDO SOCIALISTA: SUS CONCEPCIONES Y LA REALIDAD NACIONAL**

Desde el primer día de su fundación el Partido Socialista sufrió la violencia represiva del gobierno de Alessandri-Ross. Su secretario general, Oscar Schnake Vergara, no pudo asumir su cargo, por existir una orden de encarcelamiento contra su persona. Lo ejerció interinamente el senador Eugenio Matte Hurtado. Pero el nuevo organismo no sólo resistió la enconada persecución del gobierno; en la calle sus militantes fueron atacados por las tropas de choque del Movimiento Nacional Socialista, calcado sobre el modelo hitleriano, bajo la jefatura de Jorge González von Marées. Alentado por el triunfo de Hitler, en Alemania; subvencionado por casas comerciales alemanas y un sector de la plutocracia nacional, el bárbaro grupo nazi criollo reclutó a sectores de clases medias y a elementos juveniles aventureros y los disciplinó militarmente.



Los nazistas criollos atacaron en sus publicaciones "teóricas" y políticas al marxismo, al socialismo, a la democracia, a la lucha de clases, al internacionalismo; y en la acción práctica, a las concentraciones populares, las reuniones socialistas y a los sindicatos. Sus fanáticos militantes salieron a la calle a combatir a los trabajadores como verdaderos agentes provocadores, cometiendo sangrientos atentados en los locales obreros, provocando fría y cobardemente el asesinato de numerosos dirigentes socialistas.

Por otra parte, en los años del nacimiento del PS., los comunistas vivían una etapa extremista en sus posiciones políticas y de inaudita violencia verbal. Propiciaban una revolución catastrófica para instaurar la dictadura del proletariado por medio de soviets de obreros, campesinos, mapuches y soldados. El PS. se transformó en uno de los blancos preferidos de sus campañas, acusando a sus miembros de amarillos, social-fascistas y ganchos de la burguesía. Aunque se presentaba como un partido reducido, sectario, desvinculado de la realidad nacional, y abiertamente defensor de las consignas de la Tercera Internacional, ejercía cierta influencia popular, por la tradición revolucionaria de muchos de sus dirigentes, viejos fochistas formados en la escuela y compañía de Luis Emilio Recabarren, por lo cual su actividad práctica causaba una división dañina de la clase obrera.

El PS. según su declaración de principios, aceptó como doctrina y método de interpretación de la realidad, el marxismo enriquecido por todos los aportes del constante devenir. Hizo suyos estos juicios de Lenin, en su obra "Qué Hacer": "Sin un partido férreo, templado en la lucha; sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado en la clase trabajadora; llevar a cabo de una manera eficaz la lucha es imposible... Sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario. Esta idea nunca será suficientemente propagada en una época en que la prédica del oportunismo puesta de moda se acopla con el entusiasmo por las formas mezquinas de la actividad práctica... El papel de luchador de vanguardia sólo puede desempeñarlo un partido dotado de una teoría avanzada"...

La teoría revolucionaria es el marxismo. Lo acepta y lo aplica como un guía para la acción, rehuyendo toda adhesión dogmática, por ser ésta una actitud esterilizante en vez de fecunda, lo cual le permite enfocar la realidad económica y social chilena con una nueva y penetrante visión, desprovista de estrechos esquemas previos y recetas falsas. Uno de los principales conductores del PS, en sus años iniciales, el profesor Luis Zúñiga, definió algunas de sus características en estas líneas: "El Partido Socialista chileno nace de una necesidad colectiva, como el partido del pueblo, en la misma forma en que el 4 de junio había sido el grito de liberación del pueblo. Y como fuerza nueva, limpia de ataduras con el pasado, mira hacia el porvenir con un criterio claro y objetivo de nuestra realidad. Se coloca en un plano nacional y continental, reclamando una política justa, que encare nuestros problemas de acuerdo con nuestras modalidades, con nuestra idiosincrasia y con las condi-



ciones revolucionarias de nuestro clima social. Leal a la dialéctica marxista, se constituye como partido de clase, resuelto a empujar la lucha hasta la conquista del poder por los trabajadores manuales e intelectuales y la implantación del régimen socialista. Dentro del derrotero establecido, el Partido Socialista lucha contra los soportes financieros del régimen: el latifundio y el imperialismo. La victoria sobre estos factores semi coloniales de nuestra economía será el primer paso firme hacia una legítima democracia y un avance en la marcha ascendente hacia la sociedad socialista. Los socialistas chilenos propugnan la creación de una Internacional Latinoamericana, organizada sobre la base de fuerzas afines y en una misma predisposición de lucha. Nuestra acción, orientada hacia la conquista de una economía continental antimperialista, y hacia la transformación de nuestro sistema agrario del latifundio, deberán ser las premisas básicas de esta unión de los trabajadores de Latinoamérica, que ha de culminar, en un futuro de victoria, con la unidad económica y política de los pueblos dentro de una Confederación de las Repúblicas Socialistas del Continente”.

El Partido Socialista surgió de la entraña del pueblo, como un instrumento de sus ansias de liberación; despertó de nuevo su vigorosa esperanza y aceleró su reagrupamiento en sus filas. Así canalizó su acción y su fe hacia un objetivo claro: agrupación de todos los trabajadores manuales e intelectuales, (obreros, campesinos, empleados, estudiantes, pequeños agricultores, artesanos y pequeños industriales, mujeres), para destruir el latifundio y la penetración imperialista, a fin de dar vida a una democracia revolucionaria en tránsito seguro hacia el socialismo. Solamente un cambio fundamental del régimen económico-social terminará con la explotación y la miseria y dará solución completa, integral, a los problemas de las clases laborales. El reemplazo del régimen capitalista por el sistema socialista, donde la propiedad privada de los medios de producción y de cambio (tierras, minas, fábricas, bancos, ferrocarriles) se transforme en propiedad colectiva de todos los trabajadores, administrada por ellos y su estado socialista, pondrá término definitivo a la opresión, al atraso, al pauperismo y la ignorancia, dando curso a un régimen social humano, coherente, justo, en el cual las masas habrán sido liberadas económica y políticamente.

Los fundamentos del marxismo permanecen inalterables, pero la evolución del capitalismo ha dado origen a nuevas formas y situaciones no previstas por Marx. La aplicación dinámica del método dialéctico permite descubrirlas e interpretarlas y, a la vez, adecuar a las modalidades recientes, el programa y las tácticas del movimiento socialista. En Chile, y en América Latina, la lucha de clases posee condiciones particulares. Una burguesía reducida acapara la tierra y el dinero, controla el poder político, y actúa en estrecho consorcio con el imperialismo norteamericano. En último término, es éste el verdadero dueño de nuestros países. El latifun-



dio, la banca y la empresa imperialista constituyen los soportes económicos de un régimen capitalista incipiente, atrasado y débil, a cuyo frente se perpetúa una burguesía colonial gracias a la penetración imperialista. Las grandes masas de la clase trabajadora son explotadas y oprimidas: obreros, campesinos y clases medias. Por ser la realidad económica y social de estos países subdesarrollados distinta a la de las naciones altamente industrializadas, asimismo es diverso el papel de sus clases sociales. El proletariado es reducido; el campesinado es numeroso y pasivo; las clases medias numerosas y explotadas, como los obreros y campesinos, por la plutocracia agraria y el imperialismo. El PS. se constituyó, precisamente, en base de la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, o sea, del proletariado y las clases medias, o pequeña burguesía, para luchar contra el enemigo común: el latifundio y la empresa imperialista. Su victoria pondría término a la falseada "democracia" imperante, gobierno al servicio de una reducida oligarquía plutocrática, y su reemplazo por un gobierno de trabajadores, con una auténtica democracia económica y política, en donde se haya destruido el latifundio y la banca privada y nacionalizado el subsuelo minero, recuperando para el Estado la posesión de la tierra, de las minas, del crédito, de los medios de transportes y de comunicaciones, transformando su propiedad individual, particular, en propiedad colectiva de todos los chilenos.

El PS., se dio una organización concebida sobre la base de una fuerte disciplina emanada en forma consciente, y voluntaria, del conocimiento claro de los derechos y deberes de los trabajadores en la sociedad y de su responsabilidad en la conquista y construcción de la nueva vida socialista. Repudió los métodos de los partidos históricos, tradicionales, en especial la asamblea, por ser un organismo irresponsable, indisciplinado, escuela de charlatanes oportunistas, de caudillos arribistas e intrigantes, sin interés efectivo por los problemas de la colectividad y los intereses del país, y cuya principal arma era la demagogia, para desorientar y engañar a las masas. El PS., se estructuró en núcleos, es decir, grupos reducidos de miembros en reuniones regulares, para estudiar, opinar y acordar las tareas concretas de acción. No toman resoluciones de carácter político, pues ellas las acuerdan las directivas elegidas democráticamente por las bases. El sistema de núcleos tendía a conseguir la participación efectiva de todos los militantes del partido en su vida, en su conducta y en su actividad, en su dirección, aunque la responsabilidad de su comando radicara sólo en las autoridades expresamente designadas. Se trataba de contar con militantes conscientemente disciplinados, llenos de constantes iniciativas, y con directivas responsables y eficaces. Su democracia interna suponía la actividad creadora de todos sus militantes y su derecho a elevar sus sugerencias a los organismos superiores; a elegir sus directivas como expresión genuina de la línea política del partido y del sentir mayoritario de las bases. Por lo demás,



sus dirigentes se habían formado en la base, en la convivencia diaria de sus actividades y en las luchas de las masas; su exaltación se producía por representar en forma más inteligente, abnegada y valerosa, las aspiraciones de los afiliados. Una vez designadas las directivas, las bases le debían respeto y acatamiento a sus órdenes y consignas; y ellas, a su turno debían guardar lealtad al sentir de los militantes, a la línea del partido, a los intereses del pueblo. El partido gozaba, entonces, de una amplia democracia interna, y en su acción externa se movía con una férrea disciplina. No se permitían grupos fraccionales por ser contrarios a su organización democrática y a su acción disciplinada.

El núcleo funcionó con éxito durante los años de represión, cuando gran parte de la actividad del partido debía ser clandestina. Más tarde, al cambiar las condiciones, se abrió paso la práctica de los "ampliados", muy semejantes a la "asamblea" tradicional. Por otra parte, un grupo de dirigentes, muy inclinados hacia la concepción leninista de la estructura de un partido obrero, pretendían transformar al PS. en una organización de revolucionarios profesionales, tal como lo planteaba el genial caudillo ruso en su libro "Que Hacer". En un párrafo escribía: "Pero de ello se debe sacar la conclusión de que se necesita un comité de revolucionarios profesionales, ajeno al hecho de que sea un estudiante o un obrero el que se convierte en revolucionario profesional... Y yo afirmo: 1º, que ningún movimiento revolucionario puede tener duración sin una organización estable de dirigentes que mantengan la continuidad; 2º, que, cuanto más amplia es la masa que se adhiere espontáneamente a la lucha, que constituye la base del movimiento y participa en él, tanto más urgente es la necesidad de una organización semejante, y tanto más sólida debe ser esta organización ya que será tanto más fácil a los demagogos de todo pelaje el arrastrar a las capas atrasadas de la masa; 3º, que una organización así debe componerse principalmente de hombres que se dedican por profesión a la actividad revolucionaria..."

La idea expuesta no cuajó en el PS., y, tal vez, es una de las diferencias fuertes con la organización del Partido Comunista. Por otra parte, dado el ambiente cada vez más social-democrático en Chile, tomaron incremento el ampliado, la lucha electoral y la constitución de una capa de políticos profesionales (en vez de revolucionarios profesionales).

La política del PS., descansó en una absoluta lealtad a las aspiraciones e intereses de las masas trabajadoras; defensa obstinada de sus reivindicaciones, lucha responsable e inquebrantable por su victoria; rechazo de toda componenda o maniobra a sus espaldas. Combatió el reformismo chato, utilizado como narcótico para adormecer a las masas y desviarlas con falaces conquistas, alejándolas de la acción revolucionaria; desenmascaró el infantilismo por lanzar a las masas a aventuras descabelladas, generadoras del derrotismo y de la pérdida de confianza en sí mismas, para



sumirías en la apatía y el fatalismo; denunció el oportunismo corruptor, por malear a las masas y transformarias en juguete de determinados apetitos de círculo o de caudillos personalistas, y por facilitar la prédica de ambiciosos y audaces. Política de masas, sostenida en el agrupamiento creciente de sus mejores elementos en las filas del PS., en el perfeccionamiento de su organización, en la capacitación doctrinaria de sus dirigentes y la extensión de los sindicatos. Permanente tarea para conseguir y afirmar la unidad de las clases trabajadoras en el campo político y en el plano sindical.

Desde sus comienzos, el PS. planteó una posición sindical marxista, es decir en exclusivo provecho de los trabajadores. Los sindicatos no podían servir las finalidades particulares de un partido determinado. Según Marx, "los sindicatos no deben estar vinculados a una asociación política o puestos bajo su dependencia, si quieren cumplir su misión; hacerlo equivaldría a darles un golpe mortal". Hizo suya esa nítida orientación en favor de la clase y resistió la posición comunista de la época. El PC., había transformado a los sindicatos en sus agencias, debilitando su organización y desvirtuando sus finalidades. La FOCH, gloriosa central sindical, se había desintegrado por el errado manejo de los comunistas y, en general, todo el movimiento sindical experimentaba los trastornos de una política sectaria e infecunda. El PS., impulsó la sindicalización de todos los trabajadores sin diferencias doctrinarias; lanzó la consigna "nada contra los sindicatos" para neutralizar las caracterizaciones de "amarillos", "apatronados", "reformistas", causantes de la estagnación, de la desmoralización del proceso sindical nacional. Llevar al seno de los sindicatos la lucha política doctrinaria partidista es destruir la única organización de la clase de los trabajadores, en donde actúan con más desenvoltura; en ellos se reúnen elementos de diversas ideologías, miembros de los distintos partidos obreros o, sencillamente, apolíticos, con el propósito de abordar sus problemas de clase, defenderse de la explotación capitalista, estudiar la manera de mejorar sus condiciones de vida y de trabajo y obtener reformas inmediatas. Sin duda, todo partido de masas, con conciencia de su responsabilidad histórica en el desarrollo del movimiento obrero, está obligado a mantener estrechas relaciones con los sindicatos y a ejercer algunas funciones específicas en su seno; y el partido de masas puede ser el conductor de la acción sindical por intermedio de sus militantes y, a la vez, miembros de los sindicatos.

El Partido Socialista, siendo profundamente nacionalista, reconocía al mismo tiempo la necesidad de coordinar más allá de los límites patrios la acción de los trabajadores en contra de las burguesías criollas y del imperialismo. Repudiaba por igual a la Segunda Internacional, conciliadora y reformista; y a la III Internacional por su sectarismo exclusivista y su dependencia del P. C. Ruso. A ambas las acusaba de graves errores y de encontrarse



divorciadas de nuestra realidad nacional y americana. Proclamaba como ineludible la coordinación continental de los trabajadores en contra de sus enemigos comunes y propiciaba la unidad de todos los trabajadores de América Latina en contra de las burguesías nativas y del imperialismo. Su aspiración era llegar a constituir una Confederación de Repúblicas Socialistas del Continente.

En resumen, el PS. dio un carácter revolucionario y socialista, nacional y americanista, a su organización, a su política y a toda su existencia. Únicamente la acción organizada de las masas por medio de un partido disciplinado, con cuadros combativos, conscientes de su misión histórica y social, podría cumplir el anhelo de crear una sociedad socialista, impidiendo cualquier descomposición democrático-burguesa o el aprovechamiento personalista de las masas. Por eso, tanto en su organización interna como en su acción política, afirmó e inculcó esa noción de disciplina social y de responsabilidad cívica a las masas chilenas, poniéndolas a cubierto de la corrupción caudillista y de la pequeñez oportunista. Combatió implacablemente la demagogia, (Lenin escribió: "los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera"), el reformismo sin destino y el infantilismo irresponsable.

Tanto en el campo político como en el plano sindical clarificó posiciones y lanzó consignas realistas para poner término al divisionismo introducido por el sectarismo de la III Internacional y para sacudir la apatía conformista de vastos sectores populares. Reaccionó fuertemente contra ese infantilismo revolucionario sin ninguna resonancia en las masas y contra las rencillas estériles de stalinistas y trotskistas, ajenas a las inquietudes de la clase obrera chilena. En cambio no desmayó en su prédica y en su trabajo tenaces para conseguir la agrupación de todos los explotados en un gran partido de clase, como creía serlo el Partido Socialista, y para extender la organización sindical de los trabajadores. Atacó con decisión al reaccionario gobierno de Alessandri-Ross desmascarando su política antipopular y proimperialista, en la tribuna parlamentaria, en el sitio de trabajo, en la concentración democrática, en la prensa independiente; y luchó en la calle contra los criminales agresores nacistas hasta vencerlos y reducirlos a sus "cuarteles". Y por último, el PS., contribuyó largamente a la victoria popular en las elecciones presidenciales de octubre de 1938, punto inicial de una nueva etapa en la trayectoria de la lucha social en Chile.